



# EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXV

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

NÚM. 10228

## PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península. — Un mes, 2 ptas. — Tres meses, 6' id. — Extranjero. — Tres meses, 11' 25' id. — La suscripción se contará desde el 1.º y 16 de cada mes. — La correspondencia á la Administración.

## REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

JUEVES 5 DE DICIEMBRE DE 1895

## CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro. — Corresponsales en París, A. Jorette, rue Caumartin, 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

## Recolección

Principio para un moderno sistema. Bombas Worl y otros sistemas para trapeos. Defibradores, etc. y demás máquinas de uso al vinicultor. — Desgranadoras de pánizo (6 fanegas por hora). — Embudos automáticos. — Tijeras para vendimias, poda, etc. — Arados de viento para la agricultura. — Pálos, azadas, topones, todo acero. — Carrocerías y wagonetas.

## INSTALACION DE RIEGOS

C. Pérez Lurbe. Plaza de Castellón, 12

## El Mediquín.

Aún se debía conservar memoria en aquella vieja y desmantelada ciudad de Aranda, de que fue Petronila, muchacha visllosa y de rumbo, hacia el tercio postrero del siglo anterior; pero como tanto ha llovido desde entonces, no es de extrañar que se hayan borrado los recuerdos; así que sólo por intención soñadora de artista y sin datos ni documentos fundamenteles, tengo yo que reconstruir á mi modo el suceso, más trascendental é importante de su vida.

— ¡Sta. Urgende las Viñas! Para que sea, haas dado estos ojos entre vendas y males y esta mata de pelo como la mora y este talle que se cimbreá como los cañizos de las orillas del Duero, si he de podirme soltera en un poblacho? ¿He nacido en las malas? Hidalgos fueron mis padres, y no me dejaron tan sola al morir, que buena es la compañía de tierras y lugares, que dejan de utilidad, un año con otro, pasante de cuatro mil ducados.

Y tenía razón Petronila, para quejarse tan amargamente aquella noche, al contemplar su rostro juvenil y su busto saludable en coqueopia de profusa talla á la luz de un velón monumental de torneada base, sustentando seis brazos como el oro tracentos y en los que ardian otros tantos mecheros.

Encandilábase en un momento de alegría sus ojos al considerarse hermosa, con aquellas cejas arqueadas y oscuras y aquellas mejillas lozanas como fruta en sazón, y aquella boquita encendida como unos claveles; pero pronto se dejó caer desalentada en anchuroso sillón frailer, inclinando la frente apesadumada sobre la diestra blanca y górdozuela, mientras que con la otra oprimía con rabia el corpiño de alepin y casi rasgaba la rica pañolera de encaje de Malinas.

De lan dolorosa abstracción le vino á saca el erujido de la puerta, que volvió á cerrarse tras de la moza que traía barrocho mediado de agua y excello.

— ¿Van á dar las doce, Tomasa? preguntó Petronila á la joven.

— Están al caer. — El loque para no errar está en la exactitud. Por eso, sin duda, nos hemos equivocado en otros años. Arrima el cazo á las llamas del velón. — Tiene plomo bastante?

— Buen rato estuve arrancando tiras de las vidrietas del contador. Mira su merca si haora de sobra.

— ¿Pace no perdamos tiempo? Ten bien el remo hasta que se ponga rojento. Oído atento y á la primera campanada...

— Así haré, que no ha de quedar por mí si no descubrimos esta noche de San Juan el marido que Nuestra Señora de las Viñas nos reserva.

Quedarán ama y criada, con el cazo borbotando á la llama del velón y el oído atento. Zumbó á muy poco el bronce en el reloj de torre no lejano; pero antes de que gritase Petronila — ¡Ahora! — ya habla Tomasa vertido en el agua, con humeante estridor, el plomo liquidado.

Del lebrillo sacaron las mujeres el metal, que cuajó caprichosamente: rebta y larga escurridura, con dos burbujillas colgando, se adhería á un trozo macizo casi semicircular. — Te damos la del año pasado —

exclamó enojada Petronila. — Por qué esto parece también una bandolera y un tricorno, y ya viste lo que resultó con mi primo el guardia de Corps, á quien colgamos el presagio.

— Lo de sombrero, sí que lo parece; pero esto que corre por aquí no puede ser bandolera; sino vara larga y con borlas, como de gente de justicia, por lo que se me alcanza á mí que su merca se ha de casar con algún corregidor, andando el tiempo.

Revolvio Petronila entre sus líidas y temblorosas manos el cuajón misterioso, y convenciose de que Tomasa estaba en lo cierto.

Del tricorno ni dudar siquiera; pues lo otro era seguramente un bastón con borlas. Pero quién podría ser? Porque ella no conocía á otro corregidor que al de la Villa, y se le representó con asco, embullido el cuerpo, enjuto en cascón de terciopelo negro, las piernas esleadas y el rostro livido y avinagrado, y además con hijos y mujer y trisando en los sesenta.

Con estos cuidados no descanso en toda la noche, y las mismas vacilaciones y temores le asaltaron en muchos días siguientes.

Un corregidor! Pero aquello del bastón y las borlas no se podría también aplicar. Y al llegar á este punto que bala gijas imágéhés erizaron por lamente de Petronila, que entornaba los ojos y entreabría las labios con placentera sonrisa!

Acercábase entonces á la mesa de patas salomónicas, y de la urnilla de cristal que resguardaba primoroso niño Jesús articulado y vestido de tisú, cogia el plomo cabalístico que allí á manera de ex-voto conservaba, y cayendo de rodillas decía:

— ¡Haz que el presagio y mis deseos se cumplan, santo Niño!

Y así pasaron meses y mas meses y hasta mas de un año.

Un día, jadeante presurosa, regresó Tomasa del mercado.

— ¿Sabes su merca lo que pasa? La Zequieta, la viuda de la lanería de la plaza, que tenía un hijo esleado en Alcalá, te acaba de abrazar ya hecho un doctor. Corra si le quiere ver que por junto al arco viene cercado de señores. Galán está con la casaca negra con bolones de azabache y los vuelillos y la chorrera de encajes de Holanda, y la caña de Indias con puño de oro que relumbra al sol.

No se apartó de la ventana Petronila hasta desaparecer el doctorcillo flamante y debió de parecerle muy hermoso por qué acercándose á la urna exclamó sonriendo de dicha:

— ¡Gracias, Jesús mío! Así le había soñado.

Pero los sueños de la pobre Petronila no se realizaron.

Muchacho hijo de la viuda de la plaza, la salvó de la viruela, que asolaba al pueblo; mas el día en que se levantó convaleciente, al acercarse á la farmacopea á un descauido de Tomasa, profunpíon en llanto desesperado al verse tan horrible.

Pobre Petronila!

Y me imágino que profesó en las Bernardas, y que debió de morir poco menos que en olor de santidad el segundo ó tercer año del siglo presente.

Parece muy natural que dejara al convento sus bienes, y al Santuario de Nuestra Señora de las Viñas un singularísimo legado: hermoso niño Jesús vestido de calzón, chupa y casaca de terciopelo negro, tricorno de felpa y bastón con rica empuñadura de oro.

De la verdad de estos hechos nada certifico.

Sin embargo, los más escrupulosos se podrian convencer con datos como los siguientes:

Que á un cuarto de legua de la ciudad de Aranda, camino de Gumie de Izan, á la sombra de álamos copudos, se levanta el santuario famoso de la Virgen de las Viñas.

Y qué en el altar mayor de la ermita puede aún verse la linda imagen del niño Jesús, que tradicionalmente llaman en todo el contorno el mediquín, así por lo original de su vestidura, que es la misma que gastaron los doctores en el pasado siglo, como por la fó que inspira cuanto á milagrosa para ahuyentar la epidemia.

Apesar de lo cual, el cólera se ha cebado cruelmente en el país en varias ocasiones; pero en la humanidad se conservan creencias profundamente arraigadas sin fundamento mejor.

B. Blanco Aseño

## Instantánea de higiene

¡Que viene el cóci! ¡Catal! ¡Dormite! ¡El cóci, el cóci!... Tal suele ser el medicho que se valen todas las nárizas y nárizas y también casi todas las nárizas para dormir á los niños. Una vez, el cóci, se convierte en traperío: viria, un carbonero, siempre en alguna parrilla ó objeto que impresione al niño y le haga temer, con verdadera terro; en presencia; no faltan ocasiones en que cuando el niño, á pesar de tan terner advertencias, llora y llora y no dexa traza de dormirse, se simula un papapaná á se hacen ruidos fuertes y hasta se llega á imitar la voz del papandicho, cooci, todo, para demostrar la certeza y realidad de la amenaza.

¡Lamentable error! La inmensa mayoría de las veces, el recurso no produce consecuencias prácticas, y en todo caso, el niño, así dormido, tiene un sueño tranquilo, se despierta asustado, la frente bañada en sudor, sus facciones expresan el terro, sus ojos, abiertos de una manera desmesurada, miran con extravío...

Se han oclado los primeros síntomas para que el niño padezca una meningitis, mortal casi siempre, y que cuando no lo es, deja tras de sí terribles deducciones ó eternas reliquias; se le ha creado la enfermedad conocida con el nombre de terrores nocturnos, de tan fatales consecuencias y de tan difícil tratamiento.

El cóci, que no puede venir, se convierte en el médico, que llega, las más de las veces, para luchar contra estados

ERNESTO MALTRAVERS.

281

Y para esto era para lo que ella, decía todos los días, á fin de alimentar su esperanza: «Yo volveré á verme taha y salva, yo volveré á encontrar la casita, allí estará él todavía; le pondré á mi hija en los brazos y todo seguirá tan bien como antes!»

Y para esto era para lo que ella habia emprendido su viaje á pié, desde una tierra lejana, en el instante en que pudo caminar sin ayuda, con objeto de regresar á aquella casita sin saber el camino por donde debía dirigirse, sin tener más datos para orientarse que el nombre de la ciudad más inmediata; y el nombre de esa ciudad, siendo tan populosa como era, ¡mas habia llegado á los oidos de las personas á quienes preguntaba Allah!

Muchas veces le habian dado direcciones equivocadas, y sin embargo, ella habia continuado su ruta solitaria, sufriendo el frío, el hambre y la sed con el instinto de un perro fiel que busca el paradero de su dueño. Tres veces la habia postreado la fatiga, y tres veces habia debido á la buroilde piedad un lecho donde reposar en cuerpo calenturiento y quebrantado. Una vez tambien su hija, su amor, la vida de su vida, se habia enfermado en términos de hallarse próxima á morir, y entonces tuvo que abandonar su viaje basta que la criatura se restableció y empezó á sonreírse nuevamente con su madre.

280 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA

cuando percibieron, ropite, lo que la capa vieja le habia escondido, un niño, que la pobre muchacha llevaba en sus brazos.

Se habia detenido ella para mirar hácia atrás con enternecimiento, con una exasperación que podía leerse en su actitud, aun desde aquella distancia.

Ella imprimió sus labios en la frente de la criatura, ellos oyeron un sollozo convulsivo; ella tomó de nuevo su camino y un minuto después ya no estaba visible.

— Eso está muy claro! dijo mistres Hobbs.

— Qué buena noticia para la parroquia! añadió su marido. Y una criatura tan jóven...! qué vergüenza.

— Las muchachas de estos cantones son verdaderamente detestables en el lia, Jenny, dijo la madre de familia á la recién casada.

Ahora comprendo, dijo el papá Hobbs con aire malletoso, por qué solicitaba ella al señor Butler, la pizarra vendría á hacer la declaración de paternidad.

Y para esto era para lo que la pobre Alicia habia sustentado sus fuerzas y su aliento, durante una cruel enfermedad que la habia retenido muchos meses sobre el miserable lecho de un Labrador irlandés!

ERNESTO MALTRAVERS.

277

de una especie de respeto. Descais alguna cosa? le preguntó el mayor y más resuelto de aquellos muchachos.

— Yo... yo...? No hay dud... esta debe ser la casita del valle?

— Esta era la casita del valle; ahora es Hobbs-Lodge. ¿No sabéis leer? preguntó el heredero de los honores de la casa Hobbs; y menospreciando la ignorancia de la estrangera, hizo de ella motivo para perder la compasión que desde luego le habia inspirado.

— Y el señor Butler... se ha marchado también? preguntó la desconocida. Pobre muchacha! hablaba como si la casita se hubiese marchado, en lugar de haberse embellecido; las columnas jonicas no tenían ningún atractivo á su vista.

— Butler...? aquí no vive nadie de ese nombre. ¿Papá, sabéis la morada de un tal Butler?

Papá dirigia entonces para el sitio de la conferencia su sólida máquina, sus macizas pantoñillas, su magestuosa panza.

— Butler? dijo él, no conozco ese nombre. Aquí no hoy ningún Butler, hija mía. ¿Tú tomad el portante... ¿no os avergonzáis de mendigar?

Nada se sabe de Butler...! dijo la pobre muchacha, pudiendo apenas respirar y teniendo de los barrotes